UNIVERSIDAD DEL CEMA
Buenos Aires
Argentina

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Ciencia Política

DEL FASCISMO AL MOVIMIENTO NACIONAL-POPULAR: EL PERONISMO Y EL INTERCAMBIO GERMANI-LIPSET, 1956-1961

Samuel Amaral

Agosto 2009
Nro. 402

ISBN 978-987-1062-XX-X
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Copyright – UNIVERSIDAD DEL CEMA

www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding <jae@cema.edu.ar>

Del fascismo al movimiento nacional-popular: el peronismo y el intercambio Germani-Lipset, 1956-1961

Samuel Amaral[*]

Abstract
This paper explores Gino Germani's further interpretations of Peronism after considering it a particular case of Fascism (see Working Paper N° 371). A visit paid to American universities in late 1956 or early 1957 put him in touch with leading sociologists, Seymour Martin Lipset among them. Lipset's work on "working-class authoritarianism" made an impact on Germani's views. By mid-1957 he wrote a paper on "Authoritarianism and the popular classes", following and discussing Lipset's views. Lipset, however, in his book *Political Man* (1960), accepted to some extent Germani's first view while defining Peronism as an extreme left-wing phenomenon, a Fascism of the lower classes, and Fascism of the Left. Germani's dissatisfaction with Lipset's definitions moved him to look for a new category for Peronism and what he considered similar ideologically hybrid authoritarian phenomena – national-popular movements. This paper studies the Germani-Lipset exchange and the consequences for Germani's views on Peronism.

La más influyente de las interpretaciones del peronismo se debe, sin duda, a Gino Germani. Desde los comienzos de su carrera académica, a mediados de la década de 1940, a través de su actividad editorial y docente extrauniversitaria, se preocupó por elaborar un marco analítico que le permitiese comprender ese fenómeno.[1] Inmediatamente después de la caída del gobierno de Perón, a mediados de 1956, publicó un artículo, "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", en el que presentaba al peronismo como la manifestación local de la crisis de la modernización.[2] La modernización había provocado el desplazamiento de masas de la sociedad tradicional a la sociedad industrial, por lo que uno de los principales problemas de esta era la integración de esas masas a la vida política. En Italia, la reacción de los sectores medios ante la amenaza de las masas movilizadas había dado lugar al surgimiento del

[*] Agradezco la información suministrada por el profesor Neil J. Smelser. Los puntos de vista expresados en este documento de trabajo son personales y no comprometen a la Universidad del Cema.
[1] Sobre la actividad editorial y docente de Germani a fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, véase, Neiburg (1998), Germani (2004) y Blanco (2006).
[2] Germani (1956) y Germani (1962), 233-252.

fascismo; en la Argentina, esas masas movilizadas habían provisto la base social del peronismo. A pesar de las diferencias que señalaba entre el fascismo italiano y el peronismo, los incluía dentro de una misma categoría, para la que retenía la denominación de fascismo.[3] Germani no quedó satisfecho con ese análisis, por lo que continuó explorando el problema.

El resultado de su nueva indagación se manifestó en una ponencia que presentó a mediados de 1957 en un congreso latinoamericano de sociología sobre "El autoritarismo y las clases populares".[4] Los cambios se advierten desde el título, en el que el totalitarismo es reemplazado por el autoritarismo, y continúan en el texto, en el que la categoría fascismo ya no es usada para designar los fenómenos autoritarios en general. Tales cambios se debieron a la influencia de Seymour Martin Lipset, un joven sociólogo que enseñaba en la Universidad de California, en Berkeley, a quien Germani había conocido después de publicar su primer artículo de interpretación del peronismo y antes de publicar el segundo.[5]

Lipset, a su turno, también sufrió la influencia de Germani. En *El hombre político*, publicado en 1960, primero presenta al peronismo como una categoría de extremismo político en países subdesarrollados, pero luego vuelve a mencionarlo, siguiendo a Germani, como un caso particular de fascismo. Descontento con la utilización de un concepto que ya había abandonado, un año más tarde Germani introdujo una nueva categoría para el peronismo y otros fenómenos que encontraba similares: movimiento nacional-popular.

Entre 1956 y 1961, por lo tanto, Germani utilizó tres categorías diferentes para definir al peronismo. Los trabajos que las contenían fueron incluidos como capítulos del

[3] Las diferencias entre el peronismo y el fascismo italiano y su rasgo común en Amaral (2008a).
[4] Germani (1962), 127-143.
[5] Sobre Germani y la sociología de su época, véase Blanco (2006). Sobre la primera visita de Germani a las universidades norteamericanas, véase Germani (2004). Sobre Lipset en esa época, véase Lipset (1996), 13-14.

libro *Política y sociedad en una época de transición*, publicado en 1962, sin efectuarles cambios ni explicar cómo había evolucionado su interpretación del peronismo. En ese libro Germani definía al peronismo como fascismo en el capítulo 9, que reproducía el artículo de 1956; como un fenómeno autoritario en el capítulo 4, que era su ponencia de 1957; y como un movimiento nacional-popular en el capítulo 5, que era su artículo de 1961. El único intento que hizo para dar consistencia a esas tres interpretaciones fue una nota agregada al comienzo del capítulo 9 señalando que ese ensayo era "el análisis de un movimiento 'nacional popular típico'", aun cuando esa categoría no era usada en el texto de ese capítulo.[6] Un análisis de estos tres capítulos del mismo libro efectuado en el orden temporal en que ellos fueron producidos por Germani revela la evolución de su interpretación del peronismo y explicar cómo pasó de una a otra categoría.

El intercambio de ideas entre Germani y Lipset fue notado seguramente por muchos estudiosos, pero que quien dejó registro de él fue Eldon Kenworthy en un artículo en que critica la visión de Lipset del peronismo y cómo lo usa en la formación de su teoría.[7] Kenworthy observa que Lipset no volvió sobre el tema, pero que Germani continuó desarrollando su interpretación del peronismo. El tema de este trabajo es, en consecuencia, cómo el contacto con las ideas de Lipset le permitió a Germani precisar su análisis del peronismo. La primera sección estudia, por lo tanto, la visión de Lipset sobre el autoritarismo de la clase obrera, que le reveló a Germani nuevos aspectos del problema que había tratado en su artículo de 1956; la segunda, la reacción de Germani ante su primer encuentro con esas ideas de Lipset; la tercera, la visión del peronismo como un caso de extremismo de izquierda y como fascismo de la clase baja en *El hombre político* de Lipset; y la cuarta, la reclasificación del peronismo como

[6] Germani (1962), 233. Alejandro Blanco incluye este trabajo en su selección de escritos de Germani, pero no advierte que la nota agregada en el libro de 1962 no está en la versión original de 1956. Cf. Germani (2006), 201.
[7] Kenworthy (1973), 30-31.

movimiento nacional-popular por Germani. Esta secuencia permite reconstruir el proceso por el que Germani llegó a definir esa categoría, que no fue aceptada pasivamente por la comunidad académica, pero que marca un hito en el análisis del peronismo.[8]

1. Lipset: el autoritarismo de la clase obrera

El encuentro de Germani con Lipset se produjo durante la visita que efectuó a los departamentos de sociología de las principales universidades norteamericanas a fines de 1956 o comienzos de 1957.[9] No hay rastros en su artículo de 1956 de que conociera la obra de Lipset, quien por entonces había publicado tres libros pero aun no había producido las obras que lo transformaron en una estrella académica: *Movilidad social en la sociedad industrial*, en colaboración con Reinhard Bendix, de 1959, y *El hombre político*, aparecido un año más tarde.[10] En cambio, en la ponencia sobre "El autoritarismo y las clases populares", escrita en la primera mitad de 1957, Germani menciona publicaciones recientes de Lipset y materiales que había obtenido directamente de él: una comunicación sobre "La clase obrera y los valores democráticos", presentada en una reunión sobre "El porvenir de la libertad", organizada por el Congreso por la Libertad de la Cultura, realizada en Milán, en 1955; y una versión preliminar de la investigación de Lipset y Juan J. Linz sobre "las bases sociales de la diversidad en la democracia occidental", que sirvió de base a algunos capítulos de *El hombre político*. Germani dice de esa investigación que se trata de "una obra de extraordinaria importancia en la que se intenta sistematizar los datos existentes sobre actitudes políticas de los diferentes grupos de la población y la incidencia posible de los

[8] Por ejemplo Laclau (1977), 147-158.
[9] Germani (2004), 181; Kahl (1976), 34.
[10] Lipset y Bendix (1959) y Lipset (1960). Ambos fueron traducidos al castellano a instancias de Germani, quien agregó al primero un apéndice sobre "La movilidad social en la Argentina". Cf. Lipset y Bendix (1963), Lipset (1963) y Germani (1963).

distintos factores", pero por el carácter provisorio de la versión que él había consultado no incluía citas textuales de ella, aun cuando señalaba su utilización donde correspondía.[11]

La aproximación de Lipset al problema de la relación entre las masas y el totalitarismo era distinta de la que Germani había adoptado en su artículo de 1956. De una manera insospechada entonces para este, Lipset se interesaba por "el autoritarismo de la clase obrera", que es el título que le dio a la versión final de la ponencia presentada en Milán en 1955 cuando cinco años más tarde la incluyó como capítulo 4 de *El hombre político*.[12] Allí, Lipset comienza diciendo que "la verificación gradual de que en la sociedad moderna es más posible los movimientos extremistas e intolerantes se hallen basados en las clases inferiores que en las clases medias y superiores ha planteado un dilema trágico a aquellos intelectuales de la izquierda democrática que en su oportunidad consideraron que el proletariado era necesariamente una fuerza de libertad, igualdad racial y progreso social".[13] Germani, que se consideraba a sí mismo uno de esos intelectuales, ya se había planteado el problema, pero desde una perspectiva que no rompía con lo que, siguiendo a Ignazio Silone, Lipset llamaba "el mito del poder liberador del proletariado". Lipset no dejaba dudas acerca de su ruptura con ese mito: "el autoritarismo de la clase obrera" quería decir que el primero era una característica de la segunda.

Lipset señala la aparente paradoja de que los trabajadores, cuyos partidos y organizaciones habían sido en el siglo XIX pilares de la extensión de la democracia, los

[11] Germani (1962), 130 n. El catálogo de la Library of Congress no registra entradas de Linz y Lipset bajo ese título. El único libro conjunto (aunque también con Larry Diamond) es de 1990 y él trata de la política en los países en desarrollo. Según dice Lipset en el prólogo de *El hombre político*, una versión mimeografiada de esa obra, con el título de "The social bases of diversity in Western democracies", fue publicada en 1956 por el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, hoy integrado a Stanford University, pero el catálogo de las bibliotecas de esta universidad no la registra.
[12] Lipset (1963), 77-111. En las citas textuales se ha utilizado esa traducción castellana, modificándola cuando ha resultado necesario.
[13] Ibíd., 77.

derechos de las minorías y la libertad religiosa, sirvieran en el siglo XX de apoyo a los movimientos totalitarios. Los estudios de opinión pública, religión, patrones familiares y estructura de la personalidad sugerían que la vida de la clase baja producía individuos con una posición política rígida e intolerante. Esta tendencia había comenzado con la primera guerra mundial, después de la cual las clases bajas habían demostrado estar entre los grupos más nacionalistas de la población. Tras la segunda guerra mundial la mayor amenaza a la libertad provenía del movimiento comunista, que en los países donde era fuerte estaba apoyado "por los niveles más bajos de la clase obrera y los pobres". Frente a quienes argüían que esto no probaba nada, porque los partidos comunistas se presentaban como favoreciendo los ideales de la democracia occidental de libertad, igualdad y fraternidad, Lipset sostiene que lo que atraía a esos sectores eran "los aspectos intransigentes e intolerantes de la ideología comunista". Esto se debe, para él, a que "la situación social de los estratos más bajos, particularmente en los países más pobres, los predispone a ver a la política en términos de blanco y negro, bueno y malo", por lo que ellos tenían "mayor probabilidad de preferir movimientos extremistas que sugieren soluciones fáciles y rápidas para los problemas sociales y tienen una perspectiva rígida". Lipset concede, no obstante, que el autoritarismo de cualquier estrato social podía estar modificado por el compromiso de las organizaciones que los representaban con la democracia y por las presiones provenientes del compromiso de los individuos integrantes de esos estratos con otros valores o instituciones. Aunque "la propensión de un estrato social dado a apoyar a partidos extremistas o democráticos no puede predecirse a partir de un conocimiento de sus predisposiciones psicológicas o de actitudes inferidas de datos de encuestas", Lipset mantiene que la evidencia empírica y la teoría sugerían que "los estratos más bajos son relativamente más autoritarios, que (siempre que las otras condiciones sean iguales) serán más atraídos por un movimiento

extremista que por uno moderado y democrático y que, una vez reclutados, no serán afectados por la falta de democracia interna, mientras que los más educados tenderán a alejarse".[14]

Los factores más importantes que contribuyen a las predisposiciones autoritarias en los individuos de las clases bajas son, según Lipset, la escasa educación, la poca participación en organizaciones voluntarias, la escasa lectura, las ocupaciones aisladas, la inseguridad económica y los patrones familiares autoritarios.[15] De esta manera, para Lipset, la atracción del autoritarismo para las clases bajas proviene de factores propios de una sociedad urbana industrial, no de resabios de la sociedad tradicional subsistentes tras el proceso de movilización o de las consecuencias de ese mismo proceso, como luego pensó Germani. Lipset no veía a las actitudes autoritarias ligadas a una ideología en particular sino a sus manifestaciones extremas, que por su simplismo y rigidez encontraban apoyo de gente provista de valores y actitudes simples y rígidos. La vida y la cultura de la clase obrera, afirma, contribuyen a que sus miembros tengan una perspectiva poco elaborada, mayor sugestibilidad, ausencia de un sentido de pasado y futuro, carencia de una perspectiva temporal prolongada, inhabilidad para desarrollar una visión compleja, mayor dificultad para abstraer de la experiencia concreta y falta de imaginación (reelaboración interior de la experiencia): "todas estas cualidades son parte de las complejas bases psicológicas del autoritarismo".[16] Además, es posible que desde su primera infancia "el individuo de clase baja" haya estado expuesto a experiencias negativas, como el castigo, la falta de amor, y una atmósfera general de tensión y agresión, que "tienden a producir hostilidades arraigadas profundamente, expresadas por el prejuicio étnico, el autoritarismo político y una religión exótica del más allá". Esa combinación de actitudes y experiencia "producen una tendencia a encarar la política y

[14] Ibíd., 78-81.
[15] Ibíd., 89-95.
[16] Ibíd., 95-96.

las relaciones personales en términos de blanco y negro, un deseo de acción inmediata, una impaciencia en la conversación y la discusión, una carencia de interés por las organizaciones que posean una perspectiva de largo plazo y una disposición a seguir a los líderes que ofrezcan una interpretación demoníaca de las fuerzas del mal (tanto religiosas como políticas) que conspiran contra él".[17]

Lipset ofrece de esta manera una explicación del autoritarismo distinta de la de Germani: no se trata de la influencia de los procesos sociales (las determinaciones estructurales) sobre los individuos, sino de las actitudes y la experiencia de vida de esos individuos. Invierte así la perspectiva de Germani: la anomalía no estaría en que la clase obrera apoye a movimientos extremistas sino en que apoye a la democracia. "La aceptación de las normas de la democracia requiere un alto nivel de sofisticación y seguridad del yo", señala Lipset. No cree, sin embargo, que la predisposición hacia el extremismo sugiera "necesariamente que los estratos bajos sean autoritarios" sino solo que "a igualdad de otros factores escogerán la alternativa menos compleja".[18] Para que los miembros de esos estratos apoyen entonces a la democracia deben intervenir otros factores (organizaciones, instituciones) que controlen, moderen y reviertan los efectos de esas características propias de su experiencia de vida, transformándola en la alternativa menos compleja para ellos. Lipset ya no cree en el mito del poder liberador del proletariado: el apoyo de los estratos bajos a movimientos y regímenes autoritarios depende, para él, no de la ideología sino de que estos ofrezcan la alternativa menos compleja.

Lipset no ignoraba que había una realidad distinta más allá de los países industrializados y democráticos, pero no era optimista respecto de lo que podía suceder en ellos: "Mientras la evidencia referente al elevamiento de los estaándares de vida y

[17] Ibíd., 100-102.
[18] Ibíd., 95 y 103.

educación nacionales nos permite confiar en la política y la conducta de las clase trabajadora en aquellos países en los cuales el extremismo es débil, sugiere conclusiones pesimistas respecto a las democracias menos económicamente desarrolladas e inestables". Este pesimismo se basaba en el hecho de que "donde un partido extremista se haya asegurado el apoyo de las clases bajas –exaltando a menudo la igualdad y la seguridad económica a expensas de la libertad– es problemático que se pueda cambiar este apoyo por medio de métodos democráticos".[19] Aunque Lipset se refería al comunismo, Germani no puede haber dejado de pensar en el peronismo. Lipset no dice qué hacer para preservar a la democracia, pero ciertamente identifica uno de sus problemas centrales: como está basada en el mecanismo mayoritario, carece de respuesta frente a una mayoría no democrática. Más que por la reflexión sobre la fragilidad de la democracia, Germani se sintió atraído por las consecuencias de la nueva perspectiva en la explicación de las diferencias entre los procesos de integración de las masas en los países de modernización temprana y tardía. Lipset le servía para replantear su visión de ese proceso, pero él también tenía algo que aportar al esquema de Lipset.

2. Germani: el autoritarismo y las clases populares

En su primer libro, *Estructura social de la Argentina*, publicado a mediados de 1955, Germani había estudiado "la diferenciación de las actitudes políticas en función de la estructura ocupacional y de clases", partiendo de la premisa que, como se había observado empíricamente, los sectores populares en otros países tendían a votar por los partidos de izquierda.[20] En ese libro se limitó a comprobar la desviación, pero en "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", el artículo publicado a

[19] Ibíd., 111.
[20] Germani (1955), 246.

mediados de 1956, ofreció una explicación de la misma.[21] Esta, sin embargo, enfatizaba las "determinaciones estructurales" que ponían a un espectro amplio de los sectores populares en condiciones de disponibilidad. Esa explicación requería de cierto agente movilizador, el líder, cuyo papel en el proceso que seguía a la disponibilidad de las masas no analizaba. En esos trabajos Germani no insinuaba en momento alguno que el comportamiento de los sectores populares se debiera a sus "actitudes autoritarias", pero su visión al respecto cambió muy poco después debido al descubrimiento de las ideas de Lipset sobre la relación entre la estratificación social y las actitudes autoritarias.

El punto de partida de Germani en "El autoritarismo y las clases populares", su ponencia de 1957 incluida como capítulo 4 de *Política y sociedad en una época de transición*,[22] es, nuevamente, como en *Estructura social de la Argentina*, la comprobación empírica de "la correlación entre la posición en la estructura social… y el tipo de ideología predominante". A diferencia de las desviaciones que lo preocupaban entonces, ahora encontraba que "dicha correlación dista mucho de ser perfecta", por lo que "la indeterminación de la ideología con respecto a las determinaciones estructurales plantea varios problemas de gran interés teórico". En realidad, el problema que le interesa no es estrictamente la relación entre la posición en la estructura social y la ideología, punto sobre el que mantiene una visión rígida, sino la forma que asume la distribución de las actitudes autoritarias entre los miembros de grupos situados en diferentes posiciones dentro de la estructura social, es decir, "si es posible formular alguna proposición de carácter general" en cuanto a la distribución de las actitudes autoritarias en las distintas clases sociales en las sociedades que llama de tipo industrial-urbano o las que se hallan próximas a alcanzar ese tipo.[23]

[21] Sobre la primera interpretación del peronismo por Germani, vease Amaral (2002-2003) y (2008a).
[22] Germani (1962), 127-143.
[23] Ibíd., 127 y 130-131.

El descubrimiento de las “actitudes autoritarias” y de que ellas pueden estar distribuidas entre individuos de distintas posiciones sociales procede, sin duda, de la lectura de la ponencia de Lipset. En este punto, sin embargo, Germani no está completamente de acuerdo con Lipset. La proposición general basada en la evidencia empírica, insiste, es que “mientras las clases populares tienden a orientarse hacia los partidos y las ideologías consideradas de ‘izquierda’, las clases medias y altas se orientan hacia el polo opuesto, a saber, hacia partidos e ideologías consideradas de ‘derecha’”, pero ella admite ciertas restricciones: por un lado, debido a las desviaciones colectivas o intergrupo y las individuales o intragrupo, que es lo que había identificado en sus escritos anteriores; pero, por otro □esta es la novedad que introduce en esta ponencia y en lo que se diferencia de Lipset□, debido a que las categorías utilizadas en la proposición no eran tan claras como lo habían sido hasta la primera guerra mundial, ya que desde entonces habían aparecido “movimientos e ideologías que incluyen elementos típicos de las opuestas tendencias”.[24] Lipset había encontrado que a cada ideología (y por ende a cada sector social) correspondía una manifestación extremista, pero Germani prefiere poner el acento en la confusión de las ideologías expresada por los fenómenos políticos autoritarios.

En un plano descriptivo y conceptual, aduce, es posible construir una tipología en la que las dos orientaciones principales aparecen como configuraciones dotadas de suficiente coherencia interna, pero en el plano de los movimientos políticos y en el de la investigación psicosocial, aparecen fenómenos de clasificación más compleja, como el autoritarismo de izquierda, el nacionalismo de izquierda y las ideologías de derecha con contenido socialista. Estos fenómenos existían, ciertamente, cuando Germani escribió su artículo de 1956, pero no los había considerado hasta su lectura de los trabajos de

[24] Ibíd., 131.

Lipset. Solo entonces percibió esas manifestaciones híbridas, de cuyo surgimiento y características particulares intenta dar cuenta, así como del apoyo que obtenían de los integrantes de las "clases populares".

El autoritarismo de izquierda, del que los movimientos totalitarios son una forma especial, expresa Germani, se manifiesta en dos planos: el de los derechos individuales y el de los métodos de delegación y control del poder por parte de los ciudadanos, que tanto dentro de los partidos como de los estados que estos gobiernan pierden los poderes que les corresponden en las sociedades democráticas. La tradición, señala, vincula el izquierdismo con la afirmación de la libertad, pero hay formas autoritarias de izquierda, cuyos orígenes halló Talmon en una de las tradiciones del pensamiento de la ilustración francesa.[25] Germani no da ejemplos de partidos o gobiernos autoritarios de izquierda, por lo que es más fácil imaginar el caso especial totalitario, la Unión Soviética, que los casos de autoritarismo de izquierda puro.

El nacionalismo de izquierda, consecuencia de la desaparición de la izquierda internacionalista prevaleciente hasta la primera guerra mundial, combina los postulados clásicos del izquierdismo en el terreno económico y social con posiciones nacionalistas. Germani no da ejemplos, pero no es difícil imaginarlos: los movimientos de liberación nacional de lo que poco después se denominó "tercer mundo" y la corriente de pensamiento que por entonces comenzaba a manifestarse en la Argentina que pronto sería conocida como "izquierda nacional"; también, puede argüirse, los mismos partidos comunistas, que desde la disolución de la Internacional Comunista eran, formalmente al menos, partidos puramente nacionales, pero a estos no se los puede vincular ciertamente con la tradición nacionalista. Germani, sin embargo, se abstiene de precisiones y se limita a señalar la tendencia que se estaba manifestando desde que el estallido de la

[25] Ibíd., 132, donde cita a J. L. Talmon, *Los orígenes de la democracia totalitaria*, México, Aguilar, 1956.

primera guerra mundial destruyó a la II Internacional, de la que para él posiblemente el régimen soviético fuera también un ejemplo desde el triunfo de la tesis del socialismo en un solo país.

Las ideologías de derecha con contenido socialista resultan de la adopción por parte de movimientos en otros respectos vinculados con la tradición de derecha de posiciones económico-sociales de tipo socialista o colectivista, que donde triunfaron dieron lugar a regímenes distintos de los postulados por la derecha tradicional.[26] Tampoco en este caso da ejemplos, pero es posible, por todas las salvedades que establece respecto de la relación de esos regímenes con lo que considera el verdadero socialismo, que estuviese pensando en el Portugal de Salazar y la España de Franco.

Esos fenómenos ideológicos y políticos híbridos, cuya asignación a la derecha o a la izquierda Germani encuentra que debía basarse más en la historia política de cada uno y en su contexto social que en el conjunto de sus contenidos ideológicos propiamente dichos, se habían producido en países en los que (a) el proceso de industrialización y urbanización había sido más tardío o se hallaba en pleno desarrollo; (b) las masas populares o grandes sectores de las mismas recién estaban adquiriendo significación política; y (c) el proceso de independencia nacional era reciente o estaba en pleno desarrollo. Germani dice que no es posible citar una evidencia empírica organizada o relativamente sistematizada, pero que su generalización se apoya sobre "conocidos ejemplos de países de Europa, Asia y, con ciertas reservas, Latinoamérica", donde habían surgido movimientos apoyados en diferentes tradiciones ideológicas que unían el autoritarismo y el nacionalismo con formas parcial o totalmente colectivistas o estatistas de la economía.[27]

[26] Ibíd,, 132-133.
[27] Ibíd., 135.

La aparición de esos fenómenos híbridos está vinculada para Germani con ciertas determinaciones estructurales diferentes de las prevalecientes cuando se había producido la integración de las masas a la vida política en Europa. En los países en los que los mecanismos democráticos empezaron a funcionar más temprano, dice Germani, los valores correspondientes habían sido incorporados a la tradición política y mantenido relativa estabilidad cuando se produjeron otras transformaciones. En cambio, en los países en que la incorporación de las masas a la política fue más tardía, las elites habían cambiado de carácter y el clima ideológico era muy distinto, por lo que el autoritarismo y el nacionalismo fueron utilizados en la lucha ideológica, apelando a las actitudes autoritarias de las masas recién movilizadas, todavía impregnadas de las culturas tradicionales. Mientras en los países de democracia antigua la integración política también sirvió para transformar las actitudes vinculadas con la sociedad tradicional, en las sociedades de democratización tardía ocurrió el proceso opuesto: la acción ideológica tendió a reforzar y fusionarse con el autoritarismo cultural. Ese esquema, señala inspirándose nuevamente en Lipset, podría explicar el comportamiento político diferencial de los distintos subgrupos dentro de las clases populares. Las posiciones más autoritarias corresponden a los grupos más bajos en la estructura social y a los menos favorecidos económicamente, que son los grupos que más tardíamente llegaron a tener significado político. Su ingreso a la vida política nacional se había realizado en una época en que el clima democrático había pasado y el proceso de transición demasiado brusco había impedido la formación de tradición democrática, acentuando los problemas de la sociedad de masas y dificultando la adaptación al cambio.[28]

[28] Ibíd., 143.

El contacto con las ideas de Lipset le había servido a Germani para modificar varios aspectos del análisis efectuado en "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo". En primer lugar, Germani utiliza el concepto de autoritarismo en lugar de totalitarismo, que reserva para los regímenes soviético y nazi, y para los fenómenos autoritarios abandona el fascismo como categoría, restringiendo el uso de esa palabra al caso original, el fascismo italiano. En segundo lugar, identifica formas políticas autoritarias surgidas en países de democratización tardía que no encajan fácilmente en el continuo izquierda-derecha. En tercer lugar, encuentra que esas formas políticas híbridas habían obtenido el apoyo de las masas recién movilizadas en los países en que se produjo su integración tardía en un clima político e ideológico distinto del que habían tenido los procesos de integración temprana. En cuarto lugar, el líder es reemplazado por las elites como agente organizador de las masas recién movilizadas. Por último, el autoritarismo no es solamente un fenómeno producido por la manipulación u organización de las masas anómicas por las elites, sino también debido a las actitudes autoritarias que los integrantes de esas masas acarreaban desde la sociedad tradicional y a las que eran generadas por sus condiciones de vida. La introducción en su análisis de las ideas de Lipset acerca de las actitudes autoritarias de la clase obrera le permitió a Germani observar de un modo distinto a las masas recién movilizadas y su papel en los fenómenos autoritarios.

Germani aun tenía dudas respecto del esfuerzo que estaba haciendo para poner orden en una realidad esquiva a los conceptos del análisis social y político tradicional: "Es obvio que todas estas formulaciones constituyen un esquema muy grosero de un proceso en extremo complejo y contradictorio, que probablemente escapa a todo intento de esquematización".[29] Su ponencia de 1957 introducía los cambios que se habían

[29] Ibíd., 143.

producido recientemente en su visión acerca de la integración de las masas a la vida política en los países de modernización tardía, pero mostraba también cierta indefinición, ya que no tenía una categoría para designar las formas autoritarias híbridas que había identificado. El peronismo quedaba así fuera del fascismo, pero flotando entre el nacionalismo de izquierda y las ideologías de derecha con contenido socialista como un indefinido fenómeno autoritario. Era necesario un nuevo empeño para dar mayor precisión a una categoría que pudiera incluirlo. Germani llevó a cabo esa tarea años más tarde, otra vez estimulado por las ideas de Lipset, o mejor dicho, por una distorsión de sus propias ideas por Lipset.

3. Lipset: el fascismo de la clase baja

Lipset se ocupa del peronismo en el capítulo 5 de *El hombre político*, titulado "'Fascismo': izquierda, derecha y centro".[30] La palabra "fascismo" de ese título está entre comillas porque se resiste a una identificación mecánica de autoritarismo y estrato social. Los principales estratos sociales, dice, tienen expresiones tanto democráticas como extremistas. Las ideologías y grupos extremistas pueden ser clasificados y analizados, por lo tanto, en los mismos términos que los grupos democráticos: derecha, izquierda y centro. Las tres posiciones se asemejan a sus similares democráticos tanto en la composición de su base social cuanto en el contenido de sus posturas. Para Lipset hay una relación "bastante lógica" entre la ideología y la base social: la izquierda socialista deriva su fuerza de los trabajadores manuales y los estratos rurales pobres; la derecha conservadora, de los propietarios de la gran industria y de la tierra, de los estratos gerenciales y profesionales independientes y de los segmentos de los grupos menos privilegiados que han quedado involucrados en instituciones tradicionalistas,

[30] Lipset (1963), 112-158.

particularmente religiosas; y el centro democrático es apoyado por las clases medias, especialmente pequeños comerciantes, trabajadores de cuello blanco y los sectores anticlericales de las clases profesionales.[31]

Los diferentes grupos extremistas tienen ideologías que corresponden a las de sus contrapartes democráticas, dice Lipset. Los movimientos fascistas clásicos han representado el extremismo del centro. La ideología fascista, aunque antiliberal en su glorificación del estado, ha sido similar al liberalismo en su oposición a la gran empresa, a los sindicatos, al estado socialista y a la religión y otras formas de tradicionalismo. El grupo más grande de los extremistas de izquierda son los comunistas, que son revolucionarios, opuestos a los estratos dominantes y basados en las clases más bajas, pero hay otra forma de extremismo de izquierda, señala, que, como el extremismo de derecha, es a menudo clasificada bajo el encabezamiento de fascismo: esta forma, el peronismo, que se encuentra principalmente "en los países pobres subdesarrollados", apela a los estratos más bajos contra las clases media y alta. Difiere del comunismo en que es nacionalista y ha sido creado usualmente por militares que buscaban crear una sociedad mas vital mediante la destrucción de los estratos privilegiados corruptos, que según ellos han mantenido a las masas en la pobreza, a la economía subdesarrollada y al ejército desmoralizado y mal remunerado.[32] De este modo el peronismo no era ya un ejemplo, único por lo demás, sino la designación de una categoría de extremismo.

Esta clasificación de Lipset, vista a la distancia de varias décadas, parece caricaturesca y muy apegada a una visión de la realidad social y política europea y norteamericana de mediados de los años cincuenta, cuando llevó a cabo el estudio en colaboración con Linz sobre la diversidad en las democracias occidentales. Más aun, la

[31] Ibíd., 114.
[32] Ibíd., 114-115.

idea de que el peronismo era un movimiento de extrema izquierda característico de los países pobres subdesarrollados revela tanto el desprecio de las circunstancias históricas cuanto las dificultades clasificatorias de la sociología de la época. Esto no pasó desapercibido para la crítica académica, aunque ella tardó más de una década en expresarse. Eldon Kenworthy, en un artículo publicado en 1973, señaló los errores fácticos e interpretativos que revelaban que Lipset tenía un conocimiento muy superficial (y en cierta medida erróneo) del surgimiento del peronismo y de las características de su régimen.[33] En otro sentido, las ideas de Lipset tampoco pasaron desapercibidas para Germani, quien a partir de ellas revisó su clasificación del peronismo, pero antes de analizar esa revisión es necesario detenerse en la influencia de las ideas de Germani sobre las de Lipset.

El atractivo de los movimientos extremistas, dice Lipset, también puede ser una respuesta de diferentes estratos de la población a los efectos sociales de la industrialización en diferentes etapas de su desarrollo. Esas diferentes respuestas quedan de relieve al comparar las amenazas al proceso democrático en sociedades en varias etapas de industrialización. El extremismo de la clase obrera, ya sea comunista, anarquista, socialista revolucionario o peronista, "se encuentra más comúnmente en sociedades que sufren una industrialización rápida o en aquellas donde el proceso de industrialización no resulta en una sociedad predominantemente industrial, como los países latinos del sur de Europa".[34] Una comparación de la política de ciertos países latinoamericanos con los de Europa occidental, señala, permite establecer las diferentes reacciones políticas de estratos similares en diferentes puntos del proceso de industrialización. Los países latinoamericanos más ricos se asemejaban entonces a Europa en el siglo XIX, puesto que experimentaban crecimiento industrial mientras sus

[33] Kenworthy (1973).
[34] Lipset (1963), 118-119.

clases obreras estaban relativamente poco organizadas en sindicatos y partidos políticos y sus poblaciones rurales aun exhibían reductos de conservadorismo tradicional. La clase media en ascenso de estos países, como la europea decimonónica, abogaba por una sociedad democrática, tratando de reducir la influencia de los tradicionalistas anticapitalistas y el poder arbitrario de los militares. La base social para la política extremista en esa etapa del desarrollo económico no residía en las clases medias sino en las clases trabajadoras en ascenso todavía desorganizadas, que sufrían "las tensiones inherentes a una rápida industrialización". "Estos trabajadores", continúa Lipset, "proporcionaron la base fundamental de apoyo a los únicos movimientos 'fascistas' de gran impulso en América Latina: el de Perón en la Argentina y el de Vargas en el Brasil".[35] Tales movimientos, "al igual que los comunistas, a los cuales estuvieron aliados en algunas oportunidades", afirma, "se dirigían a las 'masas desplazadas' de los países que comenzaban a industrializarse". La verdadera pregunta que debe contestarse, según Lipset, es "cuáles estratos se hallan más 'desplazados' en cada país". En algunas naciones, señala, es la nueva clase trabajadora o la que nunca estuvo integrada a la sociedad total, económica o políticamente; en otras, son los pequeños comerciantes y otros empresarios relativamente independientes (propietarios de pequeñas granjas, abogados de provincia) que se sienten oprimidos por el poder y el status creciente de los trabajadores agrupados en sindicatos y por las burocracias corporativas y gubernamentales en gran escala; aun en otras, son los elementos conservadores y tradicionalistas que tratan de preservar la vieja sociedad de los valores del socialismo y del liberalismo. La ideología fascista en Italia, por ejemplo, dice Lipset, "surgió de un movimiento oportunista que trató en varias ocasiones de dirigirse a los tres grupos, y permaneció lo suficientemente amorfa como para atraer a estratos ampliamente

[35] Ibíd., 119-120.

diferentes, dependiendo de las variaciones nacionales en lo que se refiere a los elementos más 'desplazados'".[36]

En este punto de su análisis Lipset sigue muy de cerca a Germani, de quien cita tanto *Estructura social de la Argentina* como "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", aunque debe señalarse la diferencia entre las masas disponibles de éste y las masas desplazadas de aquél. Lipset no subraya esa diferencia ni la explica. La disponibilidad como producto de la movilización es un concepto más complejo que el mero desplazamiento de Lipset, en la medida en que está inserto en una visión del proceso de modernización y de sus consecuencias psicosociales, la principal de ellas la anomia, que Lipset resume en "las tensiones inherentes a una rápida industrialización". El análisis detrás de esas tensiones es, no obstante, el de Germani.

El peronismo también ha sido descripto como fascismo, dice Lipset aludiendo al artículo de Germani de 1956, pero en tal caso era un "fascismo de la clase baja". A diferencia de lo que llama "'verdadero' fascismo, autoritarismo centrista apoyado en las clases medias liberales, especialmente trabajadores independientes", y a semejanza de los partidos marxistas, el peronismo se orientó "hacia las clases más pobres, especialmente los trabajadores urbanos pero también hacia la población rural más empobrecida". (Debe señalarse, de paso, que la apelación del peronismo a "la población rural más empobrecida" no fue tomada en cuenta por Germani, analíticamente al menos, ya que insistió hasta sus últimos trabajos en la contribución de los migrantes recientes a su surgimiento; si la hubiese tomado en cuenta tendría que haber explicado a que se debía su situación de disponibilidad o, de lo contrario, si no lo estaba, por qué había apoyado a Perón.) El peronismo tenía para Lipset algunos rasgos comunes con el fascismo "verdadero": una fuerte ideología estatista bastante similar a la de Mussolini; y

[36] Ibíd., 120.

un fuerte contenido populista antiparlamentario, ya que "el poder del partido y del líder deriva directamente del pueblo y… el parlamentarismo resulta en el gobierno de políticos incompetentes y corruptos". También creía Lipset que compartía, otros rasgos con el autoritarismo centrista y de derecha, como una fuerte inclinación nacionalista, que lo hacía culpar a los extranjeros por muchas de las dificultades enfrentadas por el país, y la glorificación de las fuerzas armadas.[37]

El peronismo difería de los otros movimientos, sin embargo, en su orientación positiva hacia los trabajadores, los sindicatos y la lucha de clases. Lipset dice que Perón llegó al poder en mediante un golpe revolucionario apoyado por el ejército[38] y que en las elecciones de 1946 las líneas de clase fueron más fuertes que en cualquier elección previa, ya que fue apoyado por los estratos más bajos y las clases medias y altas se le opusieron. Germani, dice Lipset, ha explicado la receptividad de la clase trabajadora argentina al llamamiento revolucionario de Perón como un fenómeno típico de un período de rápida industrialización y urbanización similar al que se había dado en Europa.[39] Las medidas tomadas por Perón ya en el gobierno, que a Lipset le parecían el programa de un partido laborista bastante radical, se combinaban con un nacionalismo extremo, un fuerte énfasis en el papel dominante del líder, una ideología corporativista, demagogia populista y una falta de respeto por el constitucionalismo y la tradición. "El fenómeno conocido como peronismo –nacionalismo populista anticapitalista que atrae a los estratos más bajos a la par que al ejército–" no era único de la Argentina, continúa Lipset, ya que Getulio Vargas había desarrollado exitosamente la misma política una década antes en Brasil. Vargas también fue identificado con el fascismo y mantuvo el

[37] Ibíd., 152.
[38] Este es uno de los errores de información de Lipset criticados por Kenworthy (1973), 23. Perón, efectivamente, no llegó al poder mediante un golpe apoyado por el ejército, sino que ganó posiciones hasta transformarse en la principal figura de una dictadura militar en cuyo surgimiento había tenido mucho menos participación que la que posteriormente se atribuyó.
[39] Lipset (1963), 153.

apoyo de los trabajadores después de dejar el poder. El partido laborista de Vargas era una de las fuerzas principales de la política brasileña, aliado con los comunistas, que también apoyaron a Perón durante buena parte de su gobierno.[40] Si el peronismo es considerado una variante del fascismo, concluye, entonces era un fascismo de izquierda porque estaba basado en los estratos sociales que de otra manera se volcarían al socialismo o al comunismo como una válvula de escape de sus frustraciones.[41]

La caracterización de Lipset es, sin duda, insatisfactoria no solamente por los muchos errores que contiene, que fueron señalados por Kenworthy, sino por su inconsistencia. Para Lipset, los movimientos e ideologías extremistas se pueden clasificar como de izquierda, centro y derecha y el criterio para definirlos como tales es su base social. El fascismo es, para él, el extremismo de los sectores medios. Si pudiese haber un fascismo de izquierda, es decir un fascismo con una diferente base social, ello significaría que la base social no alcanza para definir al fascismo; o, de lo contrario, pero no es lo que él hace, habría que encontrar otra categoría para el peronismo. Esa es la tarea que cumplió Germani, insatisfecho por el uso que Lipset había hecho de una categoría que él ya había dejado de usar.

4. Germani: el movimiento nacional-popular

La introducción de una nueva categoría para los fenómenos autoritarios ideológicamente híbridos que había definido en su ponencia de 1957 no es anunciada por Germani de una manera que permita advertir la novedad en su obra o en general. Ella se lleva a cabo en su artículo titulado "De la sociedad tradicional a la participación total en América Latina", publicado en la *Revue Française de Sociologie du Travail* en

[40] Este es otro de los errores de información señalados por Kenworthy (1973), 24-25 n. La política del Partido Comunista hacia Perón puede haber sido ambigua, pero nunca le dio apoyo explícito a su gobierno. Cf. Amaral (2008b).
[41] Lipset (1963), 154-155.

1961 e incluido un año más tarde como capítulo 5 de *Política y sociedad en una época de transición*.[42] Germani no revela la fuente de inspiración, que bien puede haber sido Gramsci como indirectamente sugirió un sociólogo italiano en 1967.[43]

Germani utiliza el concepto de "movimiento nacional-popular" para definir una de las etapas de la transición de la sociedad tradicional a la de participación total. El proceso de democratización se dio para él en etapas que van desde "la proclamación formal de la independencia" hasta las "democracias representativas de participación limitada", culminando esa secuencia en la etapa de las "democracias representativas con participación total", y "como una alternativa posible a las aludidas formas de democracia", las "revoluciones nacional-populares" o los "movimientos nacional-populares".[44] Ese proceso tenía entonces dos culminaciones posibles: una que había ocurrido en los países de modernización temprana y otra que ocurría en los de modernización tardía.

Las diferencias entre ambos casos se debían a cambios ocurridos en la estructura social, la cultura y los tipos de personalidad; en la secuencia y rapidez de los cambios en los distintos sectores de la estructura social; y "en la *época histórica*, en las circunstancias sociales, en el contexto *global*".[45] En este último aspecto, los principales cambios que destaca Germani respecto de la situación existente cuando surgió la sociedad industrial occidental eran: (a) la evolución interna de los países capitalistas, caracterizada por la aparición de las grandes corporaciones, la sustitución del *entrepreneur* por el *manager*, la burocratización, pero también por una movilidad por participación creciente, y el desplazamiento del ethos de la producción al ethos del

[42] Germani (1962), 147-162.
[43] Pizzorno (1987), 63. La versión original del artículo de Pizzorno es de 1967. Una de las escasas referencias directas a Gramsci por Germani se encuentra en Germani (1973), 487.
[44] Germani (1962), 147, 157.
[45] Ibíd., 152. El destacado es de Germani. Algo muy similar, con otras palabras, ya lo había señalado en su comunicación de 1957.

consumo; (b) la expansión de los derechos de ciudadanía (en el sentido de Marshall, apunta) civiles, políticos y sociales; (c) los modelos alternativos de desarrollo, como los parcial o totalmente socialistas y comunistas y los otros regímenes autoritarios; (d) la alteración de las relaciones entre la elite dirigente y la masa debida al surgimiento de "ideologías y técnicas de manipulación fácilmente aplicables a poblaciones en curso de 'movilización' rápida"; y (e) un profundo cambio en el "clima ideológico" respecto del predominante hasta la primera guerra mundial, con la crisis de la democracia y la aparición "de ideologías totalitarias de derecha, de izquierda o de situación ambigua en el espectro político tradicional y de formas de participación masiva divergente del modelo de la 'democracia representativa'". Todos esos factores hacían que el contexto en que se desarrolló el proceso de modernización tardía fuese distinto del de modernización temprana. Además, para el caso de América Latina en particular, agregaba otro factor: la democracia había pasado a ser percibida como una ideología conservadora, tendente a proteger las formas tradicionales debido a "una clara conciencia de las profundas diferencias culturales" con Estados Unidos, y a que "frecuentemente la modernización debe realizarse precisamente en contra" de ese país, "caracterizado precisamente por el régimen democrático".[46]

La mayor consecuencia del nuevo clima ideológico, dice Germani (pero, en realidad, de todos los cambios antes señalados), "se dio en el tipo y en la orientación de los movimientos de protesta y en los partidos que fueron canalizando a los grupos de las clases populares a medida que iban emergiendo de su mentalidad tradicional". En los países de industrialización temprana la integración política de esos grupos había ocurrido "dentro de orientaciones ideológicas que, cualquiera fuera su actitud militante contra el orden democrático, compartían con éste muchos de sus principios ideales".

[46] Ibíd., 156.

Esa, al menos, era "la actitud de las elites intelectuales y obreras que los dirigieron y organizaron", ya que concede, en consonancia con lo expresado en su ponencia de 1957, que "la masa pudiera conservar actitudes autoritarias derivadas ya sea del autoritarismo tradicional, ya sea de las condiciones psicológicas y ambientales de las clases populares".[47] Las elites de los países de modernización temprana, por lo tanto, habían introducido a los obreros, a pesar de sus posibles actitudes autoritarias, en el seno de la democracia.

La orientación de las elites que tomaron la dirección de los movimientos populares fue distinta, sigue Germani, porque también lo eran los problemas que debía enfrentar. El principal de ellos era la industrialización, que dio lugar a las "ideologías de industrialización", cuyas características esenciales "parecen ser el autoritarismo, el nacionalismo y una u otra forma de socialismo, colectivismo o capitalismo de estado, es decir, movimientos que han combinado de varias maneras contenidos ideológicos correspondientes a opuestas tradiciones políticas". Estas combinaciones eran el autoritarismo de izquierda, el nacionalismo de izquierda, el socialismo de derecha y "una multitud de fórmulas híbridas o hasta paradójicas, desde la perspectiva de la dicotomía (o continuum) izquierda-derecha", a las que ya se había referido en su ponencia de 1957. Para esas formas, "a pesar de varias y en muchos sentidos opuestas variedades", establece la denominación genérica de "movimientos 'nacional-populares'", que "parecen representar la forma peculiar de intervención en la vida política nacional de los estratos tradicionales en curso de rápida movilización en los países de industrialización tardía".[48]

Los movimientos nacional-populares quedaban definidos entonces a partir de una respuesta al problema de la industrialización dada por las elites que lograban

[47] Idem.
[48] Ibíd., 157.

organizar políticamente, de un manera que Germani no precisa (como tampoco había precisado en su artículo de 1956 la manera en que lo había hecho el líder), a las masas recién movilizadas. Debe destacarse que el punto de partida de Germani para la definición del concepto de movimiento nacional-popular estaba en la actitud de esas elites tradicionales y no en la de otras elites innovadoras o de las clases populares mismas, ya que el proceso de movilización, por sí mismo, no implicaba necesariamente ese resultado, que en otro contexto histórico había sido distinto.

Las elites de los movimientos nacional-populares eran de "opuesta naturaleza" a las de los países modernización temprana. En las masas recién movilizadas habían intentado apoyarse "grupos políticos muy distintos, extrema derecha nacionalista, fascistas o nazis, los comunistas stalinistas, todas las variedades del trotskismo", así como "los sectores sociales más variados intelectuales, obreros modernizados, profesionales y políticos de origen pequeño burgués, militares, sectores de la vieja 'oligarquía' terrateniente en decadencia económica o política, no menos que las más insólitas combinaciones entre todos ellos".[49] Los objetivos de esas elites no siempre coincidían con las aspiraciones de las capas movilizadas mismas, señala, aunque a veces podía haber identidad de aspiraciones y objetivos, por lo que había una vasta gama de posibilidades en sus relaciones en los movimientos nacionales-populares. Por ello, dice, era preciso tener en cuenta sobre todo dos aspectos: por un lado, que el origen político y los fines reales de las elites ponían ciertos límites a la capacidad transformadora de la estructura social preexistente por parte de estos movimientos; y por otro, que cualquiera fuese "el grado de manipulación de las masas por parte de las elites, es decir, el grado de coincidencia de los fines políticos 'reales' de unas y otras", las masas debían lograr "cierto grado efectivo de participación".

[49] Ibíd., 158.

Como ejemplo de los límites a la capacidad transformadora de la estructura social por las elites, Germani señala que "numerosos golpes militares intentaron en las últimas tres décadas transformarse en régimen permanente apoyándose en la masa disponible, recién movilizada", pero que no habían producido transformaciones sustanciales de la estructura social. Con esto Germani quería decir que no habían llevado a cabo una reforma agraria (pocos años después una dictadura militar la llevó a cabo en Perú, pero sin mejores resultados que otras anteriores). Como ejemplo de la extensión de la participación, Germani dice que puede tomarse otro movimiento de origen militar: el peronismo. Este constituía, para él, "sin duda, un caso de manipulación, que sin embargo fue exitosa", porque había logrado "proporcionar un grado efectivo de participación a las capas movilizadas", aunque "por supuesto, absteniéndose de reformas sociales o en todo caso manteniéndolas dentro de límites aceptables por los grupos económicos y sociales más poderosos", convirtiéndolo así también en un ejemplo de limitación de la capacidad transformadora. El peronismo presentaba para Germani "un interés teórico extraordinario, pues fue iniciado y dirigido por un grupo de orientación definidamente fascista y nazi", pero que "como las circunstancias histórico-sociales del país no le proporcionaban a las capas medias que habían formado la base del modelo europeo, tuvieron que acudir a los estratos populares, en su mayoría producto de las grandes migraciones internas". Tal como había afirmado en su artículo de 1956, esa base humana impuso ciertas condiciones al peronismo, que fueron "algo más que un mero cambio de terminología, de mitos, de superficie ideológica". No solamente fue la sustitución de las palabras "orden, disciplina, jerarquía", características del fascismo, por "justicia social" o "gobierno de los descamisados", características del peronismo, sino que "la manipulación tuvo cierta reciprocidad de efectos". La diferencia entre el peronismo y el fascismo europeo estuvo

"justamente en el hecho esencial de que, para lograr el apoyo de la base popular, tuvo que soportar, de parte de su base humana, cierta participación efectiva, aunque por cierto limitada". Ese era para Germani el factor clave: "en la naturaleza de esta participación… reside la originalidad de los regímenes nacionales-populares latinoamericanos".[50]

La participación de la masa en los movimientos y gobiernos nacional-populares no se llevó a cabo, sin embargo, "a través de los mecanismos de la democracia representativa… ni tampoco de la participación regimentada y burocratizada de los regímenes totalitarios europeos de derecha o de izquierda". Esto también era una de sus particularidades: "no solamente hay espontaneidad, sino que, cosa que más cuenta, dicha participación implica el ejercicio de cierto grado de libertad efectiva completamente desconocido e imposible en la situación anterior al establecimiento del régimen nacional-popular". Germani ya lo había explicado en su artículo de 1956, en el que diferenciaba la libertad abstracta, la que otorgan los derechos establecidos por la constitución y las leyes, y la libertad concreta, aquella de que gozan los individuos en su entorno directo, en su trabajo, en su lugar de residencia. Esta libertad "se ejerce en el nivel inmediato de la experiencia personal, se halla implicado de manera *concreta* en la vida diaria del individuo".[51] Esa era la nueva libertad de que gozaban personas "que han emergido solamente ahora del patrón tradicional de la acción prescriptiva; que por primera vez son conscientes de la posibilidad de tomar decisiones en una serie de esferas que anteriormente estaban fijadas una vez para siempre".[52]

La democracia representativa no excluye esas formas inmediatas de participación, señala Germani, sino que por el contrario estas pueden darle significado a aquella, como había sucedido "en el modelo occidental de desarrollo". Al mismo

[50] Ibíd., 159.
[51] Ibíd., 160. El destacado es de Germani.
[52] Idem.

tiempo, sin embargo, pensaba que la democracia representativa no implicaba necesariamente la existencia de esas formas inmediatas de participación, especialmente en América Latina, donde muchos elementos arcaicos de la estructura social cerraban los canales de participación a las masas recién movilizadas. Como los grupos dirigentes restringían la participación de la masa movilizada y los partidos políticos no la expresaban, ella caía en una situación de anomia, que la ponía en disponibilidad para ser aprovechada por movimientos nuevos, "dirigidos por elites dotadas de la flexibilidad necesaria para utilizarlos". Por un camino distinto del de su artículo de 1956, Germani llega nuevamente a la anomia de las masas recién movilizadas como un factor clave en el surgimiento del peronismo (entonces) y (ahora) de los movimientos nacional-populares. En aquella versión, la anomia era producida por la ruptura de los vínculos con la sociedad tradicional, es decir, por una experiencia propia de los integrantes de esas masas; ahora, por la acción de las elites tradicionales que restringían la participación y de los partidos políticos que fracasaban en captarlos y organizarlos. Este cambio en la interpretación de Germani respecto de la anomia de las masas puede deberse, por un lado, a la necesidad de ampliar el concepto para incluir las experiencias de otros países, ya que ningún otro había tenido la particular experiencia de la Argentina con el peronismo; y, por otro, a una visión del proceso político que enfatizaba la relativa pasividad política de los integrantes de las masas movilizadas. No es necesario apartarse de la argumentación de Germani para verlos más activos: ellos querían y apreciaban la libertad concreta, por lo que podrían haber apoyado a los movimientos o gobiernos en los que percibían una tendencia a la ampliación de esa libertad. Pero aquí se levantaba un obstáculo difícil de salvar para Germani: la preferencia de los integrantes de las masas por la libertad concreta no implicaba necesariamente una preferencia por la libertad abstracta. En otras palabras, no implicaba que prefiriesen la democracia

representativa a gobiernos autoritarios que ampliasen la participación mediante un mayor goce de la libertad en los ámbitos inmediatos de los integrantes de la masa movilizada, pero solamente restringida a esos ámbitos. Germani no concede en el artículo de 1956 ni en el de 1961 demasiado espacio a la preferencia de los integrantes de las masas; en ambos casos la iniciativa está del lado de los organizadores de esas masas: el líder en el primer caso, las elites en el segundo.

Germani acepta considerar las preferencias de los integrantes de la masa movilizada cuando señala que otra razón de la influencia de las formas inmediatas de participación era el desprestigio de la democracia representativa, por el abuso que las dictaduras habían hecho de sus símbolos y su terminología: los dictadores habían sido presidentes constitucionales y las constituciones eran generosas en derechos civiles y sociales no cumplidos. “En ningún lugar hubo un abismo más profundo entre la realidad y la ley”, señala, dando por supuesta la preferencia de los integrantes de la masa por las formas inmediatas de participación en razón de su desilusión con la democracia representativa, por su mal funcionamiento, cuando si hubiera sido así el reclamo tendría que haber sido por un mejor funcionamiento y no por su sustitución por gobiernos autoritarios. Su afirmación de que “para los grupos emergentes de las zonas atrasadas, incluso las democracias limitadas que funcionan con cierta regularidad, aparecen como un instrumento de dominación en beneficio de minorías”, no hubiera deslucido en una revista de los sostenedores intelectuales del autoritarismo de izquierda, del nacionalismo de izquierda o de la derecha con tintes socialistas, es decir entre las distintas variantes de movimientos y regímenes que designa nacional-populares. La clave de los regímenes nacional-populares, ya lo había señalado, no estaba en esa desilusión sino en el sentimiento de participación. La existencia de ese sentimiento no guardaba necesariamente relación con la influencia efectiva que las capas populares pudieran

ejercer sobre el gobierno, ni con las mejoras económicas que esos regímenes les proporcionaran, por lo que la base real de apoyo era la "experiencia de participación".[53]

La pérdida de prácticas y contenidos propios de la democracia representativa bajo los regímenes nacional-populares no afecta, según Germani, a aquellas personas cuya situación existencial, como integrantes de las capas populares recién movilizadas, las predispone favorablemente al autoritarismo, pero puede afectar los derechos individuales de los miembros de la clase media o de los intelectuales. La limitación de la libertad de expresión, dice, perjudica a los intelectuales porque para ellos es una libertad concreta, "¿pero qué repercusiones tiene ello para los campesinos y los obreros?" Para los campesinos y obreros, señala, "las limitaciones a la libertad de expresión pueden coexistir con significativas experiencias de libertad concreta, en la esfera de sus vidas individuales". Esta afirmación lleva a pensar que la concepción de la democracia de Germani es un tanto estrecha. Puede ser que la libertad de expresión sea para los intelectuales una libertad concreta, porque su ausencia afecta directamente su trabajo, pero en este punto olvida que muchos intelectuales, desde la aparición misma del intelectual como actor político, usaron su libertad concreta para criticar los abusos de poder. Los obreros y campesinos pueden creer ciertamente que es una libertad superflua, pero la falta de libertad de expresión también puede limitar la posibilidad de gozar de sus propias libertades concretas. Germani ciertamente no ve la democracia como el resultado de un proceso histórico, distinto en cada país, originado en los abusos de la autoridad y producto de los esfuerzos para ponerle límites. Podría decirse, sin embargo, siguiendo a Lipset, que hay gente que por su educación y su experiencia vital no aprecia las libertades abstractas y se contenta con las concretas, pero sin aquellas estas no son más que una forma refinada del "plato de lentejas", en la medida en que su

[53] Ibíd., 160-161.

goce depende de la voluntad de una persona o de una elite. No hay duda de que Germani tenía una fuerte preferencia por la democracia representativa y que su programa de investigación estuvo influido por su propia experiencia de vida en la Italia fascista y en la Argentina peronista, por lo que la gran pregunta que buscó responder, especialmente en sus últimos años, fue precisamente cuáles son las condiciones de supervivencia de la democracia. Pero este tipo de argumentos, como el antes señalado respecto del apoyo al autoritarismo por la desilusión con la democracia representativa, lleva a la pregunta de si Germani no fue víctima en este punto de una suerte de síndrome de Estocolmo intelectual: la fascinación por los argumentos opuestos a los defendidos conscientemente.

Germani define a la nueva categoría que ha encontrado para las formas autoritarias híbridas como nacional-popular, pero admite que toda su reflexión se centró en el segundo de los términos. Sólo dedica a lo "nacional" la última media página de las quince y media que el artículo de 1961 ocupa como capítulo 5 de *Política y sociedad en una época de transición*. Cuanto dice en esas escasas líneas se refiere exclusivamente a lo que la literatura posterior designó como "la nacionalización de las masas", de modo que la designación nacional-popular tiene un aire pleonástico, ya que ambas palabras designan un mismo proceso histórico. En Europa, dice Germani, las clases populares habían experimentado el sentimiento de identificación nacional tardíamente, como efecto de su creciente participación, de la extensión de la ciudadanía", y como parte del proceso de transferencia de lealtades de la comunidad local a la comunidad nacional. En los países "dependientes o semidependientes", la nacionalización de los sectores populares es facilitada por esa condición y porque "los grupos dirigentes son (o son percibidos) como aliados de las potencias 'coloniales'". El sentimiento de identificación nacional tiene para Germani "un papel integrativo de suma importancia, al asegurar la

cohesión de la pluralidad de grupos recién emergidos de las pequeñas comunidades locales".[54] El componente "nacional" de la categoría "nacional-popular" equivale por lo tanto a ese factor integrativo, que une a los integrantes de los diversos estratos sociales por encima de sus diferencias.

Germani mantuvo la categoría de movimiento nacional-popular para el peronismo, aunque con algunos matices diferentes. Muchos años más tarde, en 1973, volvió a ella: "si he denominado al peronismo un movimiento populista (un *movimiento nacional popular* para ser más precisos) es porque se posibilitó y adquirió su forma peculiar a través de una 'alianza de clases' implícita entre los obreros y los nuevos empresarios industriales, con la participación de un liderazgo político de distintos orígenes –incluyendo a muchos fascistas– que colocan al peronismo en una categoría eminentemente diferente a la de los partidos de 'clase obrera' como se los concibe comúnmente".[55] En esta cita debe resaltarse la designación del peronismo como movimiento populista, que indica que el segundo término era más importante que el primero en la definición, como efectivamente quedaba de manifiesto en la extensión del análisis de cada uno de esos componentes en la formulación original, y la referencia a la alianza de clases, que estaba ausente en esa formulación.

Conclusión

Uno de los hilos conductores que recorre buena parte de la producción intelectual de Germani, desde "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", su primer artículo sobre el tema, hasta su artículo póstumo "Autoritarismo y democracia en la sociedad moderna",[56] fue su preocupación por las condiciones de supervivencia de la democracia. Aunque no duda en calificar como

[54] Ibíd., 161-162.
[55] Germani (1973), 446. El destacado es de Germani.
[56] Germani (1980).

totalitario al régimen soviético, su propia experiencia personal y sus preferencias políticas no lo llevaron a explorar la amenaza a la democracia proveniente de la tradición socialista (quizás porque, al igual que Lipset, identificaba la tradición socialista con la democrática), sino aquellas que se manifestaron en los países donde había nacido y vivido, Italia y la Argentina, en los que la democracia había sido afectada por el fascismo y el peronismo.

Germani construyó su esquema analítico del peronismo entre 1945 y 1955, mientras estaba dedicado a la docencia parauniversitaria y a la actividad editorial (entre otras cosas, ya que le disgustaba recordar su experiencia en el análisis de sueños para una revista destinada al público femenino). Cuando publicó su primer artículo sobre ese fenómeno no encontró otra categoría para purgarlo de su particularidad nacional que el fascismo, pero su experiencia de ambos regímenes alimentaba sus dudas. El peronismo y el fascismo italiano sólo tenían un rasgo en común: eran órdenes políticos basados en la relación directa entre el líder y la masa; y una gran diferencia: la distinta base social que él creía que habían tenido.

Poco después de esa publicación Germani entró en contacto con Seymour Martin Lipset. La influencia de Lipset puede apreciarse en la ponencia que Germani presentó a mediados de 1957 sobre “El autoritarismo y las clases populares”, en el que centra su atención en las actitudes autoritarias de las masas movilizadas y las explica, en consonancia con su propio marco de análisis anterior, por los resabios que acarreaban de la sociedad tradicional y, siguiendo a Lipset, por las condiciones de vida de esas masas (aunque se abstuvo de explorar este aspecto en el caso de la Argentina). Como consecuencia de su contacto con Lipset y con la sociología norteamericana del momento, o quizás simplemente por la dificultad que presentaba para la generalización de su argumento, en ese mismo artículo dejó de lado al líder como agente organizador

de las masas y lo reemplazó por las elites. En los países de modernización tardía, el encuentro de masas y elites se produjo en un clima ideológico distinto del democrático que había prevalecido en Europa en la segunda mitad del siglo XIX, por lo que resultó en formas políticas ideológicamente híbridas, a las que ya no designaba como fascismo sino como "movimientos autoritarios". Lipset, a su turno, también sufrió la influencia de Germani, como puede verse en su tratamiento del peronismo en *El hombre político.* En un primer momento lo define como un extremismo de izquierda que se encontraba en los países subdesarrollados pobres, que apelaba a los estratos más bajos y que difería del comunismo en que era nacionalista y creado usualmente por militares. Como Germani, Lipset creía que existía una correspondencia entre la ideología y el estrato social, pero no necesariamente entre la ideología y el extremismo, ya que podían encontrarse manifestaciones extremistas a lo largo de todo el continuo izquierda-derecha. El extremismo de izquierda era el comunismo y el extremismo de centro era el fascismo, pero también estaba el peronismo, que pasaba así a ser una categoría en sí mismo. En un segundo momento, Lipset señala que las tensiones inherentes a un rápido proceso de industrialización habían hecho que los trabajadores sirvieran de base a los dos únicos movimientos fascistas de gran impulso en América Latina, el de Perón y el de Vargas. En esa afirmación el peronismo dejaba de ser una categoría y volvía a ser un caso de fascismo, pero ciertamente un fascismo particular por tener una base social diferente de la del fascismo italiano. El peronismo era un nacionalismo populista anticapitalista, un extremismo de izquierda, que "a veces" fue llamado fascismo, pero, continúa, si lo era, por su base social debía ser considerado un "fascismo de la clase baja" o "fascismo de izquierda". La aceptación de esa designación resultaba contradictoria con la correspondencia entre ideologías y estratos sociales, que tanto él

como Germani aceptaban, pero como solo dedica al peronismo tres de las 410 páginas de *El hombre político* no podía detenerse a encontrar una categoría más apropiada.

La tarea de encontrar una nueva categoría para el peronismo quedó para Germani. Introdujo esa nueva categoría en un artículo que publicó en 1961 y que un año más tarde recogió en *Política y sociedad en una época de transición.* Esta inclusión no lo llevó a modificar los otros capítulos, ni a explicar cuál había sido el curso de sus razonamientos (con lo que habría tornado innecesario el análisis aquí efectuado), más allá del agregado de una nota en el capítulo 9, que reproducía su artículo de 1956, en la que ponía al peronismo dentro de la nueva categoría, manifiestamente ausente en el texto de ese capítulo. La nueva categoría que encontró para el peronismo y otros fenómenos similares (aun cuando no daba demasiados ejemplos de estos) fue "movimiento nacional-popular". En su secuencia de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas, ahora designada como de participación total, los regímenes nacional-populares, surgidos de esos movimientos, eran una alternativa posible a las formas democráticas. El concepto clave que definía a esos movimientos y regímenes era la participación, pero una participación distinta de la que se encuentra en la democracia representativa. Esta categoría le servía para cubrir una serie de fenómenos autoritarios híbridos, que se acomodaban mal en el continuo ideológico izquierda-derecha. En ellos la participación se daba en el plano de la libertad concreta, mientras que la libertad abstracta, es decir, los derechos garantizados por las democracias liberales, era soslayada o abandonada.

Cualesquiera fuesen los casos que entraran plenamente en ella, Germani había encontrado una nueva categoría para fenómenos políticos autoritarios que eran diferentes de las democracias representativas de los países occidentales, de los regímenes totalitarios nazi y soviético, y del fascismo italiano. Era una categoría amplia,

en la que cabían muchos otros casos, además del peronismo, que estaban apareciendo en lo que poco después se llamó tercer mundo. Germani no enfocó esa particular situación histórica desde una perspectiva plenamente democrática, ya que creyó que esos regímenes a los que veía como una alternativa al único orden político en el que se había logrado cierta restricción de la autoridad podían ser realmente duraderos, es decir, que en ellos mismos no surgirían, en algún momento, reclamos para la limitación del poder de los gobernantes mediante reglas fijas, de larga duración, que ellos no pudieran cambiar a voluntad, y mediante el sometimiento de sus acciones al escrutinio público. La categoría era imprecisa, pero su hallazgo muestra que Germani se había empeñado en una búsqueda, en la que fue auxiliado por su encuentro con las ideas de Lipset. La categoría de movimiento nacional-popular fue discutida por sus críticos, tanto como lo fue su explicación del surgimiento del peronismo por la anomia de los migrantes recientes, pero esas discusiones se producen solamente cuando hay una propuesta que suscita el interés de otros investigadores. A cinco décadas de su introducción, esa categoría no ha dejado de sufrir por el paso del tiempo y por el cambio del clima histórico, pero ha encontrado, seguramente gracias a su connotación gramsciana pero no menos a la imaginación sociológica de Germani, una inesperada y extendida aceptación entre analistas y militantes políticos.

Referencias

Amaral, Samuel, "La experiencia de la libertad: Gino Germani y el significado del peronismo", *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Carlos S.A. Segreti"*, 2002-2003, Nº 2-3, 263-283.

Amaral, Samuel, "El líder y las masas: fascismo y peronismo en Gino Germani", Buenos Aires, Universidad del Cema, 2008 (a), Documento de Trabajo N° 371.

Amaral, Samuel, "La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955", Buenos Aires, Universidad del Cema, 2008 (b), Documento de Trabajo N° 379.

Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Germani, Ana Alejandra, *Gino Germani: del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004.

Germani, Gino. *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

Germani, Gino. "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", *Cursos y Conferencias*, 1956, vol. 48, Nº 273, 153-176.

Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

Germani, Gino, "La movilidad social en la Argentina", en Lipset y Bendix (1963), 317-365.

Germani, Gino, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, octubre 1973, vol. 13, N° 51, 435-488.

Germani, Gino, "Democrazia e autoritarismo nella società moderna", *Storia Contemporanea*, 1980, XI, N° 2, 177-217 [trad. castellana en *Crítica y Utopía*, 1970, N° 1, 21-57, reimpresa en Germani (2006), 333-369.]

Germani, Gino, *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*, sel. y est. prelim. Alejandro Blanco, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

Kahl, Joseph A., *Modernization, exploitation and dependency in Latin America: Germani, González Casanova and Cardoso*, New Brunswick, Transaction, 1976.

Kenworthy, Eldon, "The function of the little-known case in theory formation or what Peronism wasn't", *Comparative Politics*, 1973, vol. 6, N° 1, 17-45.

Laclau, Ernesto, *Politics and ideology in Marxist theory: capitalism, fascism, populism*, London, NLB, 1977.

Lipset, Seymour Martin, *Political man: the social bases of politics*, New York, Doubleday, 1960.

Lipset, Seymour Martin, *El hombre político: las bases sociales de la política*, trad. Elías Mendelievich, rev. Eliseo Verón, Buenos Aires, Eudeba, 1963.

Lipset, Seymour Martin, "Steady work: an academic memoir", *Annual Review of Sociology*, 1996, vol. 22, 1-27.

Lipset, Seymour Martin, y Reinhard Bendix, *Social mobility in industrial society*, Berkeley, University of California Press, 1959.

Lipset, Seymour Martin, y Reinhard Bendix, *Movilidad social en la sociedad industrial*, trad. Ricardo Malfé, rev. Blanca Ferrari, apend. Gino Germani, Buenos Aires, Eudeba, 1963.

Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

Pizzorno, Alessandro, "Sobre el método de Gramsci", en Luciano Gallino et al., *Gramsci y las ciencias sociales*, 9ª ed., Mexico, Pasado y Presente, 1987, 41-64 (publicado originalmente en *Quaderni di Sociologia*, 1967, vol. XVI, 380-400).